



Colaboración

Antonio Barrientos. Alumno

*Mi abuela María es una mujer que no está nunca quieta: o blanquea, o limpia, o cose...por eso la llaman la "Pará".*

B

usco, escrupulosamente, en el diccionario de la Real Academia Española, la definición de anécdota: "relación ordinariamente breve, de algún rasgo o

## ANECDOTARIO (I)

te. Pero de "caracol", nada. Dijo una cosa fea y cochina que también empieza por "ca". Y me la dijo. ¡Vaya porquería! no era, lo aseguro, ni camaleón ni camisón, ni, por supuesto, cabezón... Piensen. ¿Escatológico?

suceso particular más o menos notable". Esto dice. ¿Serán lo que a continuación vienen una relación de ellas? Ustedes dirán...

1. Tendría el que esto escribe algo más de diez años. Acompañaba, no sé por qué (sería porque sí) a un amigo de más o menos mi edad a casa de su abuela. Vivía ésta en un barrio extremo de mi ciudad, en una calle ni muy larga ni muy ancha, y, para mí, algo escondida. Entramos por una puerta-zaguán en un patio no muy grande. A la derecha, al fondo, una escalera ascendía a las dos o tres plantas (ahora que lo pienso, creo que dos) que el edificio albergaba. Era lo que en Andalucía se dice "una casa de vecinos": en cada planta, varios partiditos de, a lo sumo, dos o tres habitaciones, con cocina y excusado común; el lavadero, también común, solía estar, si mal no me acuerdo, en la azotea. En el patio de entrada, al centro, había una aljibe y, quizá, a un lateral, un grifo-fuente.

Ascendimos a la primera planta: allí moraba la abuela de mi amigo E\*\*\*. No estaba en el piso. Preguntó a una vecina. Ésta, a su vez, lo hizo a otra, quien le dijo que María "la Pará" había ido al "almacén" a comprar, pero que vendría pronto. Y así fue. Besó estruendosa y cariñosamente a su nieto... ¡y a mí! Lo soporté. Preguntó a E\*\*\* a qué había venido y cómo se encontraba su hija; es decir, su madre de él. Todo bien. Pasamos a una habitación del partidito, una especie de salita-comedor con trinchero, mesa, cuatro sillas y una especie de mecedora bajita con cojín en el asiento, y eso, sí, no se me olvida, en un rincón, un macetero de madera con tiesto y planta de no que sé qué, y a ambos lados de la salita, dos, creo, dormitorios. A poco, el nieto le dijo: "Abuela, tengo hambre." Y ella le contestó, con son de guasa: "Pues, si tienes hambre, coge un caracol y chúpale la sangre." Me hizo gracia. No obstante, del trinchero, sacó una torta de aceite y nos la repartió a los dos. Ella no comió nada.

Nos despedimos y fuimos. Ya en la calle, dije: "Oye, E\*\*\*, ¿qué significa la "Pará"?", y... "túvo gracia tu abuela con lo del caracol." Me dijo: "Mi abuela María es una mujer que no está nunca quieta: o blanquea, o limpia, o cose, o lo que sea: no "para"; por eso, y de broma, el mo-



2. Concurría al café en que a veces iba yo alguna que otra tarde un abogado, culto y de conversación fluida e interesante, que, a veces, desgranaba asuntos ocurridos en los juzgados a los que, por su profesión, acudía. Contó que, en cierta causa, un hombre acusado de insultar a su vecina, llamándola gamberra, alegó que eso era totalmente falso, que lo que ocurría es que admiraba profundamente a la señorita que lo había denunciado no entendía por qué, puesto que él, gran aficionado al marisco, la llamaba igamberra!, pero como un piropo. Y cuando el narrador de esta llamémosle chuffa concluyó, otro contertulio -yo, no, ¿eh?- dijo: "No sé el resultado del juicio; pero yo, de ser el juez, hubiera absuelto al reo. De verdad. La salida fue genial." El que esto escribe pensó lo mismo.

3. Tomaba café temprano, en uno de esos bares que abrían muy pronto para dar "cobertura" a los empleados de todas las clases que, por razones de trabajo, se dirigían a sus tareas mañaneras. Él abría su aula particular a las ocho de la mañana: daba clases una par de horas antes de dirigirse su trabajo: una oficina, relacionada con abastecimiento de buques y agencia de aduanas. Universitario, como amanuense había quedado.

Iba, también, un señor de no mal porte, que siempre solicitaba lo mismo: una copita mínima de ginebra, para "matar el gusanillo, y un buen y lleno vaso de agua para acompañar y pasar mejor la feísima de gusto, decía, ginebra, que tomaba a sorbitos y con gestos de asco, con largos tragos de agua...

El caso es que cierto día, un cliente mañanero, quien, tras el café, siempre tomaba un vaso de agua, por equivocación, y de un trago, se bebió el vaso de agua del solicitante de la ginebra. ¡Y aquí se descubrió el pastel!... como una exhalación, arrojó el agua bebida al suelo. No era tal, sino ginebra. Para disimular, el tabernero, en connivencia con el cliente, claro está, llenaba el vaso de agua de la bebida alcohólica, y la mínima copita, ¡de agua! Me lo contó el profesor y amanuense, que también fue mentor mío. ¿Sería verdad?

## Retorno y anticipación

C

omo todo, este deambular de la vida - la que tenemos, la que ha existido- lleva sus modas.

Así, en los escritores. ¿Quién recuerda con más o menos claridad a escritores (y no especifico su nacionalidad) como W. Somerset Maugham, Frank Yerby, Howard Spring, Dino Buzzati, M. Van Der Meersch, Vicki Baum y otros, que durante los años cincuenta o sesenta del siglo pasado se leían profusamente? Probablemente, pocas o, por mejor decirlo, escasas personas. Pero es así, aunque, a veces, por los caprichos de quien sea -editores, críticos o descubrimientos de obras inéditas, y más-, como un Guadiana que se precie, aparece nuevamente un literato sumido en el no recuerdo.

Mucho éxito tuvo en los años citados y aun antes un escritor húngaro, Lajos Zilahy, del que leí que recuerde ahora varias obras: Los Dukay, El desertor, El velero blanco,

Los amores de un antepasado mío... Pero, curioso, aunque recuerdo, tal vez como más interesante a la segunda, lo que más se ha quedado impreso en mi mente es, de la última, la cita que figura antes de comenzar, y es de Ovidio: "Ojalá que Júpiter me devuelva los años que se ha ido". ¡Deseo acaso universal!... Dominguito era un compañero mío de clase en bachillerato. No se llamaba Domingo ni era de baja estatura, sino normal; pero le llamábamos en diminutivo, para distinguirlo, porque era el menor de los dos hermanos Dominguez de apellido que cursaban estudios en el mismo centro. Lo teníamos todos los compañeros por no tonto, sino simplón y buena persona. Ta vez, dema-

**¿Os gustaría quedaros dormidos ahora, y al despertar, encontraros con que habían transcurrido cien o doscientos años?**

siado.

Cierto día, el profesor de Geografía e Historia, hablando del pasado y del presente, lanzó la siguiente pregunta: "¿Os gustaría quedaros dormidos ahora, y, al despertar, encontraros con que habían transcurrido cien o doscientos años? La cosa sería maravillosa. ¿No? Veríamos cosas impensables."

Todos respondimos más o menos que sí; todos, menos Dominguito, quien alzando su mano izquierda (era zurdo) y su voz, dijo: "Yo no quisiera, señor profesor; no por nada, sino porque, al llegar a mi casa, ya no encontraría a mis padres, ni a mi familia, ni a nadie conocido: todos estarían muertos."

De inmediato, estimo que, prácticamente, todos los demás chiquillos miramos al zocato con viva admira-

ción: ¡nadie había caído en el detalle! Pienso que ni el mismo profesor esperaba tal salida. No memorizo bien qué pasó luego. Supongo que volvimos a lo anterior a la pregunta. Mi admiración por Dominguito creció hasta cotas muy altas. ¡Vaya! Opino (y me repito) que todo está bien como está: la madre naturaleza, el mundo, el universo -Dios, por encima de todo-, marchan bien. Cierto que, a veces, y razonablemente, creemos que las cosas podrían ir mejor de otras formas, pero son así, y nada más. Nos gustaría volver al pasado, como inmutable, con el calor de los seres queridos (familiares y no familiares) que se nos han ido; sin embargo, excluimos, o casi lo hacemos, lo que no nos interesa o nos vino mal. Si pensáramos en el dolor que habríamos de pasar al volver a perder lo amado, la cosa cambiaría. Yo, al menos, no querría volver a pasar el dolor de perder, porque sería nuevamente, a todos los que amé y ya no están. El deseo del gran poeta latino Ovidio es comprensible, pero, eso, nada más que comprensible. Quizá Dominguito llevara más razón. ¿Volver al pretérito? ¿Conocer el futuro? ¿Pará qué?

